

## LA LEYENDA DEL MONTE

Toda la tierra silenciosa era  
ánfora de ambrosía  
aquella noche azul de primavera.  
El espíritu solo se mecía  
en amables beleños,  
y escapado del cuerpo se diría  
por la puerta de nácar de los sueños.

Seguí por el camino  
que sus nostalgias áridas enreda  
en el florido huerto campesino,  
y que es bajo la luna hebra de seda  
donde engrana sus églogas el pino  
y el cedro silencioso y taciturno,  
al escuchar bajo el calor nocturno  
de algún cenzontle enamorado el trino.

Como el apóstol fui  
al silencio agreste,  
donde es la rosa  
oído de las cosas perfumado  
que escucha lo celeste,  
y la cascada de cristal, es lira  
que casta mano de Selene toca,  
y el prado florecido nos evoca

de una mujer el seno que suspira  
soñando que la besan en la boca.

Y allí con beatitud  
oí de un ave la ternura blanca,  
casto lucero abrió su lamparilla,  
vi a la montaña acariciar la nube  
y oculta senda se inició a mi planta:  
y el alto monte me imperaba ¡Sube!...  
y aquel sendero me insinuaba ¡Anda!...  
y aquel lucero suplicaba ¡Brilla!...  
y aquella alondra me rogaba ¡Canta!...

Cuando por el sendero iba  
a lo alto de aquel monte sonoro,  
a buscar a la estrella que lucía  
como una dulce lágrima de oro,  
como el punto de la i de la alegría  
sobre lo taciturno del basalto,  
rara visión a mis sentidos, ¡Alto!  
con su presencia me ordenó;  
y sin que fuera su ademán protervo  
y sin que fuera su semblante adusto,  
quedé esculpido como queda el ciervo  
bajo el escoplo pávido del susto...

Era su faz de cóndor taciturno,  
en vez de arco y de flecha,  
traía una lira hecha  
con el oro de un aro de Saturno;  
la luna nueva al hombro se dijera  
de plata blanco broche,  
y sujetaba la opalanda que era  
un pedazo rasgado de la noche  
cual la pintada piel de una pantera.

Polvo de astros brillaba en su contorno  
y como a Pan, seguíanle la fiera  
el cárabo nocturno,  
el gusano, la larva, el caracol,  
y hasta la sierpe oblicua,  
y en vez de plumas de oro  
sobre lo basto de su frente oblicua  
brilló un rayo de sol.

Cuando miró mi espanto  
con acerbo acento dijo:  
soy Netzahualcóyotl,  
un día hablé con Nervo el divino,  
tú tiembles, pero oíd:  
yo como Salomón fui la sabiduría  
y como al Rey David  
me nimbó la armonía,  
con razón fui poeta

y rey fui con razón,  
lo mismo que David  
yo en vez de corazón  
tuve un gajo de vid;  
y porque a todo amor le tuve,  
fui un Nabucodonosor  
que oyó hablar el aroma  
que oyó hablar el albor  
del cristal del torrente,  
y así aprendí el idioma  
del monte y de la fuente,  
del nido y de la flor.

Con la grandeza de un Virgilio indiano  
hacia el oriente dirigió su mano  
y me mostró los cerros milenarios  
que en la solemne majestad de un rito,  
parecían cansados dromedarios  
cargados de infinito.

Y vi el volcán sobre el eterno lecho  
que en sus cimientos laboró la sierra,  
cual si hubiera sacado de su pecho  
su enamorado corazón la tierra.

Y mirando los cielos  
el Iztaccíhuatl, bello como Heve  
que extendida en su féretro de hielo  
es la mujer de Lot tallada en nieve,  
y que finge ante el sol de la mañana  
con la pureza de su casta línea,  
el armonioso cuerpo de Susana  
o el sereno cadáver de Virginia.

Y así dijo su voz estremecida:  
aquestos montes que la luna baña,  
son mi estirpe soberbia que vencida  
toma la augusta faz de la montaña;  
del fondo del pasado surge ilesa  
y sobre dura piedra adormecida  
una segunda eternidad empieza.

Oíd esta leyenda,  
que es la leyenda de mi raza huraña:

Bárbara gente hasta el Imperio Azteca  
vino, esto, hace siglos...  
los augures dijeron que la parca  
prolongaría los hilos de su rueca  
en prez y gloria de la raza azteca  
sacrificando a la hija del monarca.  
Lo mismo que en Helenia  
Agamenón, infausto,

ofreciera al destino en holocausto  
la purísima sangre de Ifigenia;  
y con los ojos húmedos en llanto  
el rey a su hija le clavó en el pecho  
dardo labrado en pórfito y amianto.

Como un botón en lánguido desgonce  
a la deidad más cara,  
el corazón de la princesa entonces  
se ofreció en sacrificio sobre el ara  
de la Raza de Bronce.

El Popocatépetl ardiente fue esa entraña  
fénix que eterno su grandeza exhibe,  
porque ese enorme corazón montaña  
fuera del pecho de Iztaccíhuatl vive.

Y al oír su leyenda aquel gran monte  
parecía estremecerse bajo del horizonte.

Y el poeta agregó:  
así es mi raza vigorosa y fuerte  
como las duras vértebras del Ande,  
sólo le falta que al vencer la muerte  
de pie se ponga para ser más grande.

Mi raza es como acero que en la pira  
funde el doble milagro del metal,  
es arrullo en las cuerdas de la lira  
y muerte sobre el filo del puñal.  
Mi raza que es piedad, mi raza es fuerza,  
es como en duro cauce el agua tersa,  
como la dulce suavidad de un nido  
en duro cuenco de una piedra indiana,  
como un panal purísimo vertido  
en el fondo de un vaso de obsidiana.

Mas en mi pueblo es ley el heroísmo  
y así los labios de su herida agranda,  
quién habrá de salvarle de sí mismo  
quién habrá de decirle anda, anda.

No el fusil que fulmina su sangriento arrebol  
do se agosta la sangre del corazón que expira,  
más grande fue el acento sonoro de mi lira  
que la flecha que tuvo tendida Ilhuicamina  
para partir por medio la patena del sol.  
No en la guerrera máquina que nos llena de luto  
y desella en granates rojos el corazón,  
no en la sierpe maligna, ni en la fuerza del bruto  
ni en la zarpa del león.

¡Labor es la palabra  
que la grandeza labra!

Labor dice el capullo cuando urde su madeja,  
labor dice la fuente que nuestra sed mitiga,  
labor dice en su senda prolífica la abeja,  
labor la catacumba de la ingeniera hormiga.

Labor dice la oruga que en su color se baña,  
labor dice el dibujo del prado y de la espiga,  
labor dicen los hilos tendidos de la araña,  
labor es el demiurgo, labor es la palabra,  
y el genio taumaturgo se encuentra en esto: ¡Labra!

Así se torna en bueno lo que nació del mal  
serás seda sumisa si ibas a ser ortiga,  
si racha que congela serás lana que abriga;  
si ibas a ser guijarro serás nido que ampara  
y vaso cristalino colmado de agua clara serás  
tras de veneno donde el dolor conjuga  
las víboras del mal,  
y en lugar de silicio serás lino que enjuga  
y en vez de llanto acerbo serás grano de sal.

Labora en todo, en todo...  
labora en la mecánica milagrosa e intensa  
que hace en sus maravillas dudar si el hierro piensa,  
que todo lo pasado retrata y eterniza  
y que como investida por un poder divino,  
ha sujetado al rayo como a una flor sumisa  
en una bruja lámpara como la de Aladino.

Y que por el milagro de la pantalla hada  
en un instante a tierras lejanas nos traslada,  
y que cuando viajeros de la Cólquide en pos  
en piélagos perdidos de cielos y caminos,  
el norte en una aguja señala a los marinos  
como si se tratara del índice de Dios.

Por ella el hierro anda,  
por ella el hierro enflora,  
por ella el hierro canta,  
por ella el hierro vuela.

Anda por la serpiente de la locomotora  
y en el avión, del cielo lunar parte la estela,  
y que florezca el hierro también es fe sonora  
porque allí do la chispa brilla en el pararrayo  
parece florecido con un lirio de mayo.

Con el sí, no, del perenne tac, toc,  
a una flor de acero se parece el reloj;  
¿Dirá el no del espanto o dirá el sí que alegra  
en su postrero pétalo, la margarita negra?  
Como una redonda y espantada pupila  
es corazón del tiempo que sufre y se aniquila  
porque tiene muy hondas, en sus ritmos ligeros  
dos espinas clavadas que son los dos punteros.

Así pues, es corola corazón y ojo el metal,  
y la campana es otra corola sin igual,  
que cuando en la serena quietud de la alquería  
ingenua mano la hace girar en su desgonce,  
parece que perfuma toda la lejanía  
con la armonía  
perfume de aquella flor de bronce.

Labora pues en suma,  
ya ves como el acero  
siendo acero perfuma.

Labora en el binomio, labora en el teorema,  
labora en los cosenos de las sabientes ágoras,  
labora...que la incógnita te enseñará el poema  
que oyó de las estrellas una noche Pitágoras.

Y labora en la química, suma de la armonía,  
suma de una honda y fuerte filosofía  
tan intensa y tan clara como ácido fuerte  
que a fórmulas refiere una sal, fantasía...  
y un ácido, la muerte.

La química es el trípode  
en donde el hombre quiere  
agotar lo inexhausto,  
y verle a lo imposible  
bien cara a cara el rostro;  
fuente que mitigara  
la eterna sed de Fausto  
y el sueño de Cagliostro.

Como una hembra pomos de bien y mal encierra  
puede ser el consuelo o el veneno en la tierra,  
es matiz en la rosa y en el áspid veneno...  
la retorta es redonda como si fuera un seno...

Labora entre las minas del mundo, que es redondo  
como un cerebro fuerte, labora hondo, hondo,  
quién sabe la profunda sapiencia de las cosas  
que viven una vida más pura y más intensa...  
tal vez la tierra humilde piensa piedras preciosas  
y dice sus poemas por boca de las rosas.

Labora sobre el campo donde humilde la junta  
la paciencia del indio con su paciencia junta:  
dice la una: soporto, y el otro: nada temo,  
y así el buey que no sabe que rima un sacro idilio,  
escribe con el viejo nudo de Triptolemo  
las églogas más dulces que soñara Virgilio.

Labora sobre el campo, que el campo  
extiende en pliegues serenos  
la bandera de nuestros ideales:  
el verde en el undívago rimar de los maizales,  
el rojo entre la boca de todas las corolas  
y el blanco en las espumas de nuestros manantiales.

Labora llama el árbol que da flores de luz,  
labora llama el árbol que da pomos selectas,  
labora llama el árbol con él se hizo la cruz  
que es el poema eterno de las dos líneas rectas.

La palabra de que hablo  
más fuerte es que lo fuera  
la sola fe de Pablo,  
y así como a la raza se verá de repente  
que la mujer montaña del país de Ahuizotl,  
se erguirá sobre el pliegue de nuestro continente  
tomando entre sus manos  
como una antorcha el sol.

Así escuché el poema de aquel gran rey patriarca,  
y ahora, si mi anhelo busca en el horizonte,  
mi pupila tan sólo la claridad abarca  
de la nieve del monte.

## PAISAJE

Estoy frente a mi ventana  
viendo a la vida que pasa,  
recreándome en el paisaje  
que se pierde en la distancia;  
una nube que se antoja  
cabalgando en la montaña,  
y el sol hundiéndose lento  
rojo como una manzana.

Es el ocaso de fuego  
como un regazo de llamas,  
en que se quema la tarde  
convertida en una lámpara  
que ha de iluminar la noche  
primaveral, perfumada  
con aromas de azahares  
de nardos y lilas blancas.

Mas dicen que no es mi tierra  
la que hoy sostiene mi planta,  
que estos bellos horizontes  
y este cielo que se mancha  
con soles y con estrellas  
y nubes negras y blancas,  
no son nuestras, son ajenas

y que ésta no es nuestra Patria.

Yo no sé, pero al mirarlas  
el corazón se me salta,  
pues son los mismos los bosques  
los llanos y las montañas;  
los ríos y las lagunas  
la misma la luna blanca,  
y la misma es esta tierra  
en que se posa mi planta.

Que la lengua no es la misma  
que no es la misma la casta  
de donde todos venimos  
y que no es la misma raza...  
y eso qué, los pajarillos  
de distinto modo cantan,  
y son aves del Señor  
aunque con distinta gracia...

Y las fieras son distintas  
unas altas, otras bajas,  
unas sujetas al yugo  
del hombre que las amaña.  
y otras libres, por llanuras  
por veredas, por montañas,  
pero todas, aunque fieras  
ante el Señor, son hermanas.

¿Por qué no han de ser los mismos  
los hombres que así se matan,  
iguales aunque distintas  
sus costumbres y su Patria;  
por qué ha de haber diferencias  
que nos destrozan el alma,  
si el origen es el mismo  
el de una madre adorada?

¿Por qué no ha de haber, Señor  
para todos una Patria,  
con una misma bandera  
con una misma esperanza,  
donde cada quien encuentre  
que la forma de salvarla,  
es uniéndose en la lucha  
de hacerla grande y honrada?

Yo no he perdido la fe  
ni he perdido la esperanza,  
de ver juntos a los hombres  
aunque de distinta raza;  
de diferente estatura  
y de diferente Patria,  
bajo el signo de la paz  
que a los mortales iguala.